

**INGENUAS,
O NO TANTO**

todos*lee*mOS.com

Recuerdos

El primer recuerdo que guardo en mi memoria, el más antiguo y remoto, es la imagen de sus caras, muy juntas, asomadas a mi cuna, escudriñando, atentas al más mínimo movimiento.

A menudo se me ha venido a la cabeza la idea de que, vistas desde fuera, con una perspectiva más amplia que la que me permitían a mí la estrechez de mi cuna y la inocencia de bebé, debían parecer dos buitres acechando a su futura presa, esperando la más mínima señal de debilidad y de abatimiento para abalanzarse y saciarse. O, acaso, se asemejasen más a la imagen de dos de los ávidos jueces que habrán de escrutarnos el alma para ver, juzgar y castigar llegado el día del Juicio Final.

Lo cual me divierte enormemente, porque no había nada más lejos de su pensamiento y de su ánimo que asumir las ingratas misiones que debían desempeñar los protagonistas de esas dos imágenes.

Dicen, o al menos así lo he leído yo en alguna parte, que los recuerdos no comienzan a ser tales hasta una edad más avanzada, que algunos ilustres investigadores y muchos especialistas sitúan en torno a los tres años. Pero yo me atrevo a oponerme a esa tesis, porque sé a ciencia cierta que no es así. Al menos, no ha sido así en mi caso. Sé que en algún lugar de mi córtex temporal, aquel lugar recóndito donde están almacenados los recuerdos de mi tierna infancia, se quedaron grabados mucho antes sus rostros y sus ojos, pues vienen a mí con una nitidez incuestionable, sin necesidad de que yo evoque su

recuerdo. Simplemente aparecen, surgen de forma espontánea y se revelan claramente. Porque a los recuerdos no hay que llamarlos, vienen cuando quieren y te invaden, haciéndote retroceder hasta momentos tan placenteros como el mío, de bebé en la cuna, agitando alegremente mis piernas y mis brazos al sentir que ellas estaban allí.

Lo cual me procuraba una felicidad desmedida.

* * *

todos*lee*mos.com

Mi nacimiento puso un antes y un después en sus vidas.

Nada más nacer, iniciaron una práctica que se convirtió en rutina, en nuestra cotidianidad. La de hacerme una visita diaria, como si así lo dictara el precepto. Una visita que comenzaba a media mañana y que alargaban distraídamente durante horas, incluyendo a menudo el almuerzo, la merienda y la cena. Cualquier excusa servía como pretexto. Hacerle fotos al bebé, celebrar su primer diente, consolar un llanto descontrolado o dar un paseo por el parque bajo la luz del atardecer.

El único instante de mi vida en el que ellas no estuvieron presentes fue, precisamente, el momento en el que llegué a ella. Y no porque ellas no quisieran, sino porque mi padre se lo impidió. No sé cómo se desarrollaron los hechos porque, como digo, yo aún estaba en camino, tratando de abrirme paso entre los recovecos maternos. Pero, conociéndolas, me las imagino acompañando a mi madre hasta el paritorio, cogiéndole la mano y contribuyendo a la relajación y a la respiración pausada para facilitar el devenir de las cosas. Después, dando instrucciones por doquier y organizando metódicamente al equipo médico. Y, finalmente, dispuestas en primera fila de parto para contribuir en lo que fuera necesario a tan esperado suceso. También veo, como si estuviera allí mismo, a mi padre, abortando sus expectativas, reteniéndolas antes de que cruzaran las puertas abatibles del paritorio, agarrándolas con fuerza del brazo para impedir que las traspasaran y llevándolas casi a empujones de vuelta a la habitación.

Lo que sí sé a ciencia cierta es que mi padre ganó la batalla y que ellas tuvieron que esperar impacientemente, hasta que una monjita me puso en sus

brazos y me dejó a su cargo mientras mi madre remataba la faena en el paritorio y mi padre aguardaba inquieto al otro lado de las puertas abatibles, incapaz de dedicarla a la recién nacida unas palabras a modo de bienvenida a la vida mientras no le devolviesen sana y salva a su media naranja. Y no porque no me quisiera sino porque, hasta ese momento, quien verdaderamente ocupaba su corazón y sus desvelos, porque así se lo había ganado, no era la recién llegada, sino la que había sido capaz de traerla al mundo.

Sea como fuere, ése fue mi primer contacto con las frías manos de Martina y con la atronadora voz de Casilda.

* * *

todos*lee*mOS.com

Eran dos mujeres antagónicas y, sin embargo, inseparables. Como si formasen una composición musical a dos voces, en la que fuese inconcebible la voz aguda de la soprano sin la gravedad del barítono.

Martina era bajita y enjuta. Tan delgada que se le intuían los huesos a través de la ropa. Tan diminuta que a menudo pasaba desapercibida su presencia. Sus manos, huesudas y largas, estaban siempre heladas. Daba igual que hiciera frío o calor, su tacto era siempre gélido. Pero me acostumbré a él fácilmente y dejé de extrañarlo al poco tiempo de nacer. Es más, debo reconocer que a lo largo de mi vida ha habido muchas veces en las que el contacto con aquellos dedos afilados y fríos me ha producido una placentera sensación de amparo y de abrigo. La extraña impresión de sentirme protegida por los barrotes de una jaula tejida por sus dedos y su amor.

Martina corrió la misma suerte que otras muchas mujeres de su época y se vio privada de la posibilidad de estudiar más allá de un graduado escolar que sus padres consideraron suficiente para una mujer de su condición social. Porque las señoritas de provincias no necesitaban saber Geografía o Historia. Eso sí, se convirtió en una virtuosa del piano, la cocina, el corte y la confección, materias estas que, junto con unos conocimientos mínimos de contabilidad, parecían imprescindibles para una mujer cuyo destino estaba decidido desde su nacimiento. Tenía que casarse con un hombre respetable y de posibles, de principios rectos y de moral firme, probablemente mucho mayor que ella, darle un buen puñado de hijos para continuar la estirpe y llevar correctamente una casa, economía doméstica incluida.

Pero su espíritu se declaró en rebeldía bien pronto, cuando aún cursaba estudios en un colegio inglés para señoritas bien, rompiendo las expectativas de sus padres. No llegó a contraer matrimonio, y eso que el candidato había sido sabiamente seleccionado en un mano a mano entre las dos familias. Se negó a conocer al elegido, se negó a concederle su mano y se reveló contra el porvenir para el que se hallaba predestinada y contra los cánones sociales que le habían sido impuestos. A cambio, decidió entregarse al estudio de materias que le parecieron más prácticas y útiles que la economía doméstica y desarrolló innegables habilidades en quehaceres tan diversos como la electricidad, el bricolaje y la restauración de muebles, provocando el estupor entre sus allegados y levantando las críticas más ácidas. Lo cual, no solo no le importó, sino que le satisfizo enormemente. Hasta cambió el piano por el laúd, que llegó a dominar con gran maestría.

Era consciente de que nunca encontraría un trabajo que le permitiese demostrar sus habilidades en estas materias, pero no por ello se arredró. Y continuó incansable en su afán por alcanzar los más elevados conocimientos sobre cómo cambiar un enchufe, cómo hacer un empalme, cómo emplastar una pared o cómo tapizar una butaca.

Sin olvidar su gran afición, la cocina. La única reminiscencia de su pasado de señorita bien, como ella decía. De sus fogones, por los que se dejaba embaucar en busca de la excelencia, salían los platos más exquisitos que yo haya probado en mi vida. Pero hasta en este arte se sublevó, rompiendo con los cánones establecidos. Nada de bizcochos de la abuela, nada de albóndigas con salsa de tomate o lentejas estofadas. Todas aquellas recetas le resultaban demasiado aburridas, sobre todo comparadas con el

abanico de posibilidades que le ofrecía la cocina internacional. Aprendió recetas árabes, hindúes, mexicanas o de Madagascar. El país de origen era lo de menos pero, cuanto más exótico, más interés parecía suscitar en ella. Se pasaba horas y horas buscando y rebuscando ingredientes de lo más insólito, algunos de ellos inencontrables y que solo se podían conseguir en sus países de origen, hasta que dio con un par de herboristerías y de tiendas de especias de corte casi revolucionario por innovador que le ofrecieron una alternativa medianamente aceptable. Aprendió a realizar ella misma curiosas mezclas de especias que encargaba a cualquier que fuera a la India, a Túnez o a Perú. Y a base de imaginación, logró sabores sorprendentes e inconfundibles que dejaban su piso impregnado de olores penetrantes y cautivadores.

El exótico sabor de su arroz salvaje, que hervía en una infusión a base de un té negro ahumado y aromático que le traían de China, el penetrante aroma de su pollo adobado con sales de África y el delicioso regusto de sus galletas de jengibre y galanga, que producían un extraño cosquilleo en el paladar y una curiosa sensación de alegría, han quedado imborrables en mis papilas gustativas.

Casilda, por el contrario, era alta y esbelta. Tenía un porte distinguido y unas maneras elegantes. A su paso, la gente se volvía para admirarla. Más aún cuando hablaba. La naturaleza le había dotado de una portentosa voz que resonaba por encima de cualquier otra. Papá decía que era atronadora, y ciertamente sonaba así. Pero a mí me gustaba. Me gustó desde el primer día que la oí. Me resultaba una voz tan cercana como la de mi madre. Tal vez porque me había acostumbrado a ella incluso antes de nacer. Porque, durante el embarazo, no había dejado de hablar conmigo ni un solo día, acercándose al

vientre de mi madre para recitarme poesías como si yo, en mi limbo, fuera consciente de sus hermosas palabras.

Casilda cursó estudios universitarios. Tanto había insistido desde niña sobre su afán y sus aspiraciones que en su círculo familiar y en el de sus más íntimos se celebró por todo lo alto su admisión en la Facultad de Filosofía y Letras. De las pocas mujeres, presumía, que pululaban por los pasillos universitarios en aquellos años. Lo cual no le procuró ningún trato de favor. Todo lo contrario, fue sistemática y alternativamente ninguneada, ignorada e, incluso, censurada por sus compañeros y profesores, que veían en ella a un espécimen extravagante. Una mujer, decían, con el atrevimiento de querer abrirse paso en un mundo de hombres. Pero a ella todo aquello le trajo siempre sin cuidado.

Se licenció con honores y emprendió la senda profesional de la literatura. A ella se entregó en cuerpo y alma pues la palabra, decía, era la forma más bella de expresión del ser humano. Al principio, sus poesías y sus cuentos le valieron cierto reconocimiento por parte del mundo literario. De ella se decía que era la perfecta conjugación de la sensibilidad con las más bellas composiciones de las palabras. Fueron años de reconocimiento, lo que le empujó en su entusiasmo por escribir, venciendo los momentos de abatimiento que, como toda alma sensible, contaba ella, había sentido en la suya.

Pero poco después comenzó a caer en el olvido, al mismo ritmo que los premios y los reconocimientos fueron siendo más escasos, hasta terminar entrando por la puerta grande en el limbo de los incomprendidos, como le gustaba definirlo a ella. La literatura, nada agradecida, fue incapaz de

concederle el merecido éxito. Así que un día presentó su dimisión como escritora.

Dejó de escribir cuentos y de componer versos, es cierto. Pero jamás renunció a la poesía, a cuya lectura se entregaba largas horas para después declamar por los pasillos de su casa, de la nuestra y hasta por la calle, con una delicadeza y una fragilidad aparente que chocaban abiertamente con su tromba de voz tan peculiar.

Las frías manos de Martina y el vozarrón de Casilda mientras permanecían asomadas a mi cuna. Ése es mi primer recuerdo. La presencia en mi vida de mis *matrioskas*.

todosleeemos.com